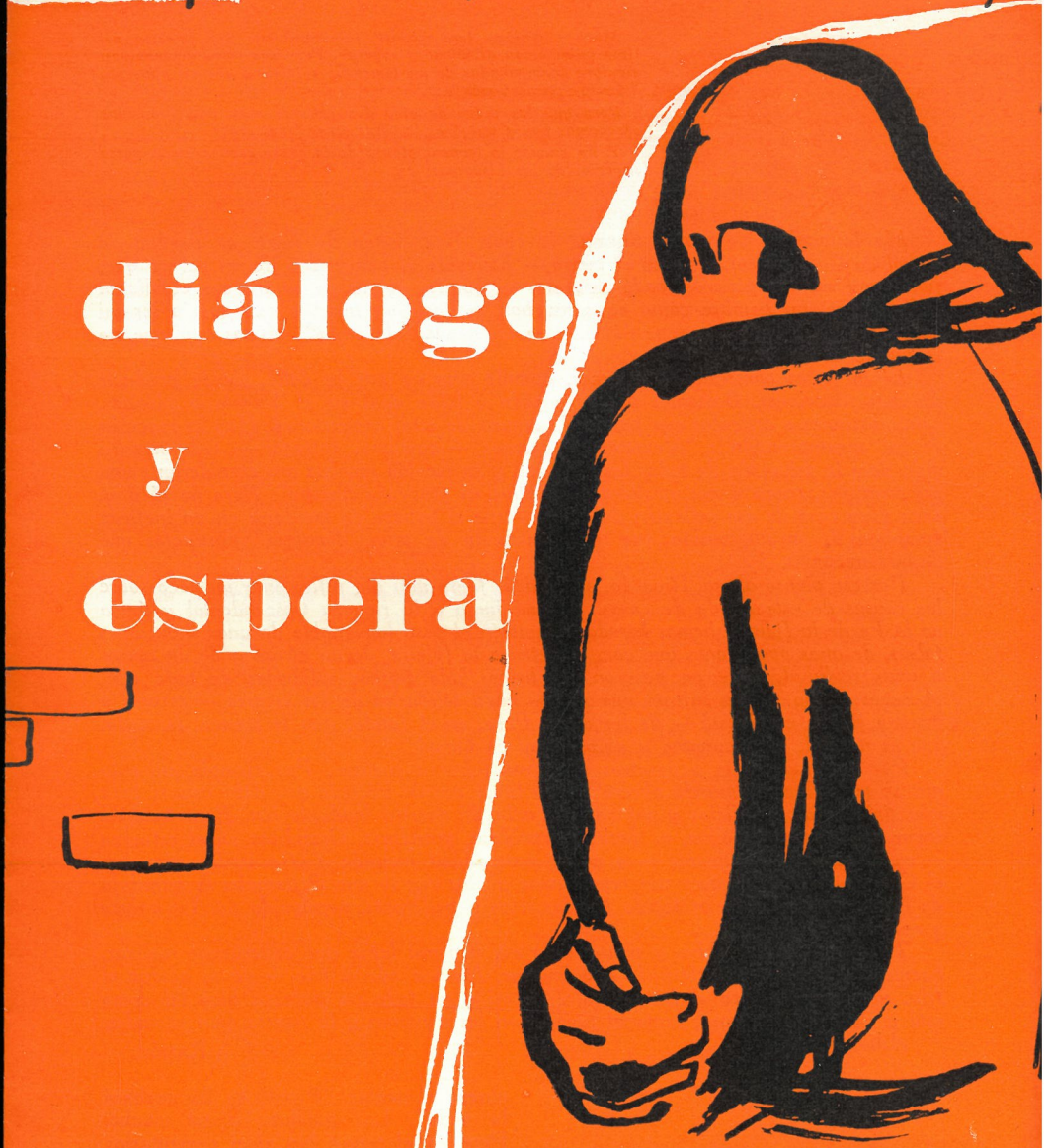
...es Mi palabra la que incita y no la tuya

# diálogo y espera



CARTAS Y UN DIARIO

Noviembre 1957

# es Mi vida la que transforme y no la tuya

*Muchos amigos han escrito felicitándonos por nuestra última publicación «Diálogo y espera». Pero sus felicitaciones van siempre acompañadas de un lamento: «¡lástima que un opúsculo así no se conozca más!».*

*Para que las vidas de esos dos jóvenes sean más conocidas ofrecemos hoy a nuestros lectores otros fragmentos.*

*Y un ruego: la lectura, atenta de la frase escrita en la parte superior de las 4 páginas.*

## noviembre

*Me lo acaban de contar durante la cena. Regresaban de jugar un partido de fútbol en La Bordeta, y — en el metro — han oído el comentario de un obrero que, junto con sus compañeros, cada uno con su hatillo, volvía de su trabajo cotidiano. (Un obrero, un hombre como otros muchos, es decir un hombre que podría ser mi padre.) Y el comentario era: "Pronto se les acabará la veda". Menos mal que no se pierde el humor.*

*El oir estos comentarios, a veces, cuando uno va por la calle, puede producir diversas reacciones. Bastantes veces he oído o leído aquí en el Seminario pláticas, conversaciones o artículos que parten de alguno de estos comentarios. Hay la reacción de la "incomprensión": "Nosotros entregamos — queremos entregar — toda nuestra vida para la salvación de todos los hombres, y en cambio muchos nos consideran como sus enemigos, como si nos opusiéramos a ellos en provecho nuestro". Pero no sé si se saca gran cosa de esa reflexión dolorida. Tiene el peligro de quedarse en un ineficaz complejo de incomprensión que nos desvincula de unos "hombres" abstractos que deshumanizamos.*

*Por eso pienso ahora, Ricardo, que quizás fuera más útil reflexionar un poco sobre las causas de este estado de cosas. Porque junto a la riqueza trascendental y única de la Fe de la Iglesia, hemos heredado también el peso lamentable de unas situaciones falsas, de unas oposiciones que comprometen a la Iglesia, de un atraso y de un apego a unas realidades que ya pasaron. Y hemos sido hechos solidarios de todo ello. A veces pienso que es injusto que se nos haga solidarios de los errores — errores a nuestro juicio, claro está — de los otros. Pero, en el fondo, ¿no te parece, Ricardo, que es natural, muy humano y quizás muy cristiano?*

*Por eso hay frente a nosotros una gran labor a realizar. Por ejemplo entre lo que se suele llamar "mundo obrero". Una labor apenas iniciada que debe vencer toda una tiniebla de prejuicios y superar el vacío de nuestra inadaptación. Pero también labor cristiana, evangélica, es decir, maravillosa, grandiosa. Grandiosa en el esfuerzo — en el esfuerzo inteligente — y en la generosidad humilde. (¿Recuerdas cómo en el Colegio el P. Maluquer nos repetía una y otra vez lo que él llamaba la paradoja de la Iglesia de Cristo protegida por los ricos y poderosos, perseguida por los pobres y oprimidos?)*

*Tú, Ricardo, que sabes y sientes toda esa inmensa labor que deberíamos realizar, hazme el favor de recordármela y animarme. No sea que el frío — ya se acerca el frío, siempre se acerca el frío — entre en mí y ya todo me parezca bien tal como está y me quede en casa, junto al fuego, con las ventanas y la puerta bien cerradas.*

*Adios. Tuyo,*

RAMÓN

*24 noviembre*

En el metro. Unos seminaristas vuelven de jugar un partido de fútbol. Y un obrero comenta: "Pronto se les acabará la veda". Las palabras dicen mucho. Pero ¿y el tono? No oí el comentario; no puedo decir el tono de voz en que estas palabras fueron dichas. Pudo haber rencor; pudo haber escepticismo; pudo haber una tristeza casi paternal; pudo haber una ironía más o menos risueña. Y pudo ser que todos estos ingredientes

pero Yo tengo necesidad de ti,
para continuar salvando al mundo.

se mezclaran en el pensativo comentario del hombre que regresaba a casa.

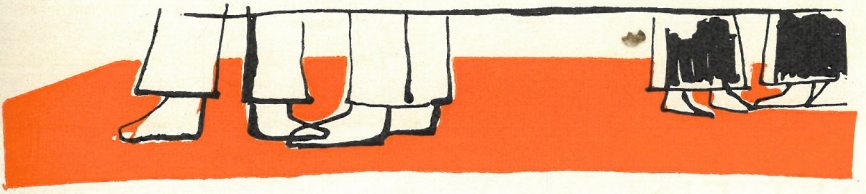
Lo que había, seguro, era distancia. Los seminaristas pensarían que aquel comentario venía de otro mundo, de un mundo en el que un cura es un ser extraño, cuya vida no se entiende. Si se hubiera preguntado, al mismo tiempo, a los seminaristas y al obrero: *¿qué función tiene un sacerdote?*, las respuestas hubieran sido tan diversas que habría que preguntarse si realmente hablaban unos y otros de lo mismo.

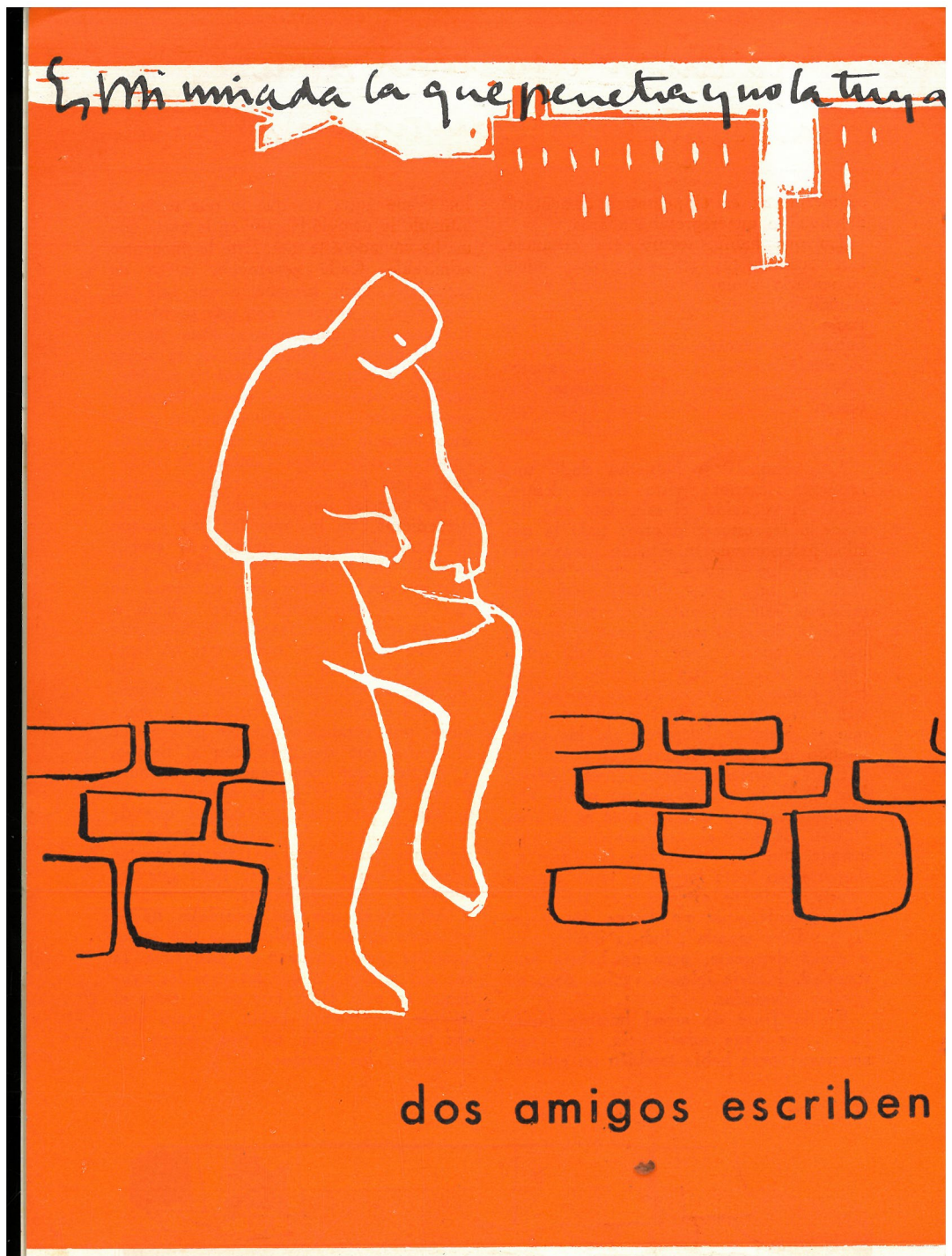
Los seminaristas hubieran dado una respuesta interior; vista desde dentro, desde su vocación, el sacerdote está llamado a ser esto y lo otro: todo lo que ellos precisamente se estaban preparando para ser. La respuesta del obrero hubiera dado la otra cara: hubiera sido una respuesta exterior; vista desde fuera, desde lejos, desde el mundo, para el hombre que, sin querer, tiene que acudir tal o cual vez al cura para un asunto de boda o de entierro, el sacerdote es un hombre que hace esto y lo otro: lo que se ve, lo que se juzga e interpreta de las cosas cuando se ven desde fuera.

En ese curioso anticlericalismo ibérico hay sin duda, por lo que yo puedo ver, muchas cosas: y una de ellas es la convicción de que el cristianismo es algo grande. Sin esa convicción, los curas no despertarían tanto interés ni tanta animosidad: si no se creyera que traicionan algo grande, que no hacen las cosas "como Dios manda", habría indiferencia y quizá desprecio, pero no habría animosidad. Habría iglesias vacías, pero no iglesias quemadas.

En la frase de aquel hombre podía haber una vaga advertencia, una vaga amenaza; pero había también un estímulo. Y me gusta ver que lo que tenía de estímulo lo recogió Ramón en la carta que me ha enviado este mes. Esto lo encuentro admirable. Cada generación nueva de sacerdotes, cada promoción que sale del seminario, se tropieza con este problema: por una parte salen con el firme propósito de hacer las cosas bien, de la mejor manera y con el mejor espíritu posible; pero, por otra parte, no pueden anunciar que empieza otra época, como un periódico anuncia que entra en su segunda época cuando quiere cambiar de estilo: tienen que asumir, junto con las glorias y los aciertos humanos de los que les precedieron, de los que les han pasado la antorcha a ellos, tienen que asumir también sus errores, sus fracasos, para rehacer desde dentro, con paciencia, lo que se ha deteriorado: para edificar a los que se han desedificado sin presentarse por eso como gente nueva que no tiene nada que ver con el pasado. Y para esto hay que ser valiente. He aquí una condición del muchacho que entra en el seminario, una condición que me parece que él tendrá que descubrir con el tiempo, a medida que comprenda la anchura y profundidad de los problemas que se le van a presentar. Es verdad que de este valor hemos de participar todos los cristianos, puesto que se trata de nuestra Iglesia. Pero el sacerdote tiene que revestirse de él especialmente.

Señor, haz que los sacerdotes no se encierren en sus círculos, sino que sepan escuchar con atención y paciencia la voz del pueblo. Y que nosotros les ayudemos en esto. Para que no les entre el frío de que Ramón habla. Y para que, por temor del frío, no nos cierren las ventanas y los postigos.






BOLETIN DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES
SUPLEMENTO DEL B. O. DEL OBISPADO
B A R C E L O N A